

Lógica borrosa, subjetividad posmodernista y psicoanálisis¹.

Fuzzy logic, postmodern subjectivity and psychoanalysis.

Héctor Hueso Holgado. Psiquiatra de la Unidad de Salud Mental de la Vera-Icod (Hospital Universitario Nuestra Señora de la Candelaria de Tenerife) y Psicoanalista Asociado de la Asociación Venezolana de Psicoanálisis (IPA y FEPAL).

Fanny Cuervo Díaz. Pediatra. Médico del Servicio Urgencias Pediátricas Dr. Jaime Cháves Hernández. Santa Cruz de Tenerife.

Resumen: El título de este artículo involucra la interacción de las ciencias naturales y las sociales. Dos aproximaciones que no sólo deberían ser complementarias, sino insuficientes por separado. La lógica borrosa, como parte de las matemáticas, está más ligada a las ciencias naturales, aunque entiende que los hechos no son ciertos o falsos del todo, no son verdades absolutas, sino polivalentes y en cierto modo relativas. Por otra parte, el posmodernismo y la hermenéutica son relativistas y comprenden que la verdad tiene varias posibles interpretaciones, dependiendo del observador, de sus prejuicios, de su situación y de su momento histórico; pero aun sin que exista una única realidad, es posible aproximarse a cierto grado de veracidad.

Palabras claves: Lógica borrosa, psicoanálisis, psicoterapia, posmodernismo, subjetivo, filosofía.

Abstract: The title of this article involves the interaction of the natural and social sciences. Two approximations that not only must be complementary, but insufficient separately. Fuzzy logic, as part of the mathematics, is more related to the natural sciences, but believes that the facts are not true or false at all, they are not absolute truths, but somewhat polyvalent and relative. Moreover, postmodernism and hermeneutics are relativistic and realize that the truth has several possible interpretations, depending on the observer, on his prejudices, on his situation and on his historical moment; but though there does not exist the only and exclusive reality, it is possible to approximate a certain degree of veracity.

Key words: Fuzzy logic, psychoanalysis, psychotherapy, postmodernism, subjective, philosophy.

Introducción

Si este artículo tiene un propósito fundamental es destacar la imperiosa necesidad de que los profesionales de la salud mental no queden atrapados, ni en discursos totalmente subjetivos y

escépticos que hacen pensar que cualquier grado de veracidad es inalcanzable -y de allí creer que “todo vale”- como tampoco encasillados en una empobrecedora fascinación con la técnica y la especialización, tan común en esta “civilización del espectáculo” (como la ha llamado

¹ Una versión resumida de este artículo fue presentado en el Simposio de apertura de las XIII Jornadas de Actualización en Salud Mental de Gran Canaria. *Posmodernidad y Enfermedad Mental*. 22-11-2012.



Vargas Llosa). Especialización que al volverse científica (que no científica) en no pocos casos conduce a una subestimación despectiva de todo el acervo cultural que durante milenios han aportado pensadores desde fuentes diversas para la comprensión de la inabarcable complejidad de lo humano. Esta forma reduccionista de ver la ciencia llega a pensar que lo más verdadero es lo más recientemente publicado y que el autor más reciente hace prescindible a los anteriores, como si realmente el conocimiento nuevo fuera descartando siempre al anterior (idea de progreso modernista a la que con razón se oponen los posmodernistas como Vattimo, independientemente de que podamos discrepar en otros aspectos), en vez de reconocer que las visiones novedosas aportan aproximaciones distintas al conocimiento y, sobre todo, que como afirmara el filósofo español George Santayana: *“Quien no estudia el pasado, está condenado a repetirlo”*.

Con esta idea en mente, comenzamos por señalar que el pensamiento ha evolucionado entre los polos del objetivismo y el subjetivismo, y entre ellos se ubican tanto el perspectivismo como la lógica borrosa (también conocida como difusa, multivalente o fuzzy) cuyo razonamiento es que los hechos suelen ser multivalentes, pero objetivables y cuantificables, lo que no significa que sean más verdaderos ni más exactos, sino sólo que son probables.

En este espectro se encuentran distintos enfoques que podrían encuadrarse dentro de la subjetividad posmodernista. Enfoques que sin desconocer la existencia de un mundo externo a la persona, consideran que sólo es accesible por medio del sujeto “situado” y en su “contexto”, de forma que no hay posibilidad de verdad universal sino sólo mediada subjetivamente y, para muchos posmodernistas, sólo por medio del lenguaje.

Teniendo en cuenta estos dos polos, y tal como lo venimos desarrollando en trabajos anteriores (1), (2) y (3), consideramos que podemos plantearnos un “saber objetivo sobre la subjetividad”, como lo llamó André Green (4). Saber que por una parte comparte algunas características de las ciencias naturales y tendría aspectos más objetivables, en los que podría ser de ayuda las matemáticas de la lógica borrosa y el diagnóstico dimensional. Y, por otra parte, aspectos subjeti-

vos, intersubjetivos o discursivos (por ejemplo, en el contexto de la sesión terapéutica) que no son cuantificables e incluso son particulares para cada dupla paciente-terapeuta y difícilmente valorables, verificables o refutables desde un contexto externo al de la propia relación terapéutica.

La diferencia tajante entre ciencias de la naturaleza y del espíritu tiene cada vez menos vigencia, como han señalado epistemólogos como Thomas Kuhn o los filósofos estadounidenses Hilary Putnam y Richard Rorty. En tal sentido, Rorty (5), apunta que la rencilla entre ciencia y religión del siglo XIX ha evolucionado hacia la rencilla contemporánea entre la gente que en California se denomina coloquialmente los <<techies [técnicos]>> y los <<fuzzies [borrosos o difusos]>>. Los techies serían realistas de espíritu científico, y los fuzzies idealistas soñadores y románticos. Este debate, precisa Rorty, es una lucha acerca de qué área de la cultura nos proporciona una explicación precisa de cómo son las cosas <<en realidad>>, pero cree que con el paso de los años evolucionará, como lo hicieron religión y ciencia, hacia una coexistencia pacífica.

Partiendo de la pugna entre “técnicos” y “borrosos”, iniciaremos la discusión con la lógica borrosa y su relación con lo subjetivo, para luego referirnos al posmodernismo en general y su influencia en las psicoterapias y, particularmente, en el psicoanálisis actual.

Lógica borrosa y subjetividad

En lógica clásica, toda proposición es verdadera o falsa y ninguna proposición es verdadera y falsa simultáneamente. Estos principios pretendían excluir la ambigüedad pero el mundo no es blanco o negro, verdadero o falso, y muchas veces una proposición puede ser parcialmente verdadera y falsa simultáneamente, lo cual es el ámbito de estudio de la lógica borrosa. Ésta trata de la realidad que no es blanca o negra y que no se mide de manera binaria como 1 o 0, aunque sí es cuantificable por medio de complejas ecuaciones que dan cuenta de lo que el iraní Lofti Zadeh en la Universidad de California, llamó conjuntos borrosos. Estos son conjuntos de bordes poco definidos a los que sólo se pertenece en parte e incluyen nociones ambiguas como, por ejemplo: ‘alto’, ‘la mayoría’, ‘fuerte’, ‘nombres de colores’, etc.

El ingeniero y filósofo Bart Kosko, en su libro “Pensamiento Borroso” (6) ofrece un sencillo ejemplo que ilustra lo que es un conjunto borroso: primero pide a su audiencia que levanten la mano los hombres; luego que lo hagan las mujeres. Muestra que el conjunto de los varones queda claramente separado del de las mujeres, de modo que continúa siendo válido el *A o no A* de Aristóteles. Pero luego pide que levanten la mano los que están satisfechos con su trabajo. Unos cuantos que están seguros extienden bien los brazos, otros no los levantan, pero la mayor parte hacen algo intermedio con el brazo semiflexionado. De esta manera se definen conjuntos borrosos, o sea, conjuntos que se intersecan.

Kosko señala que el sistema borroso puede aprender reglas por medio de las llamadas “redes neuronales” y así tomar decisiones futuras. En base a ello se fabrican los chips borrosos, con los que un climatizador puede “decidir” modificar la temperatura, o se diseñan ascensores, equipos fotográficos y de sonido, diversos electrodomésticos, metros, automóviles, aviones y robots para la guerra. Así, las redes neuronales “imitan el razonamiento y la forma de tomar decisiones de los humanos”, hasta llegar a evolucionar hacia el Terminator II en la película de dicho nombre.

Sobre los alcances informáticos de la lógica borrosa, Enric Trillas (7), catedrático de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial, quien en los años ochenta fuera presidente en España del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, señala que se está trabajando en desarrollar la capacidad de los ordenadores para hacer conjeturas y de ese modo lograr, por ejemplo, que los buscadores de Internet sean capaces de hacer “búsquedas” más complejas que la sola sumatoria de palabras sueltas, para lo cual deberían poder crear inferencias inductivas y deductivas, así como hacer búsquedas semánticas.

El uso de lógica borrosa se está ampliando a las ciencias sociales, por ejemplo, con la escala de Likert que valora niveles de acuerdo y desacuerdo con una serie de preguntas -por lo general cinco- que van desde “totalmente en desacuerdo” hasta “totalmente de acuerdo”, o “algunas veces” hasta “pocas veces”; o también la técnica de la rejilla de Kelly para constructos personales.

También se utilizan las llamadas “etiquetas lingüísticas” de Takagi Sugeno o las de Mamdani.

En el enfoque de Mamdani un experto ha de especificar su conocimiento en forma de reglas y etiquetas lingüísticas que van a describir los estados de las variables. El comunicador social venezolano, Andrés Moreno (8) lo ejemplifica aplicándolo a un restaurante. Dice: “... *podríamos quedarnos con el siguiente conjunto de reglas: 1) Si el servicio es pobre o la comida es mala, entonces la propina será poca; 2) Si el servicio es bueno, entonces la propina será media; 3) Si el servicio es excelente o la comida es deliciosa, entonces la propina será generosa*”. Y continúa diciendo “*Si diéramos significado matemático a las variables lingüísticas, tendríamos un sistema de inferencia borrosa completo*”.

En ésta línea, Kosko (9) explica los llamados “Mapas Cognitivos Borrosos” (MCB) que dibujan imágenes causales que permiten predecir la interacción de fenómenos complejos y aporta ejemplos como los MCB que ha desarrollado Rod Taber para problemas médicos y sociales, como el del mercado de cocaína. Así, el MCB de Taber predice que el suministro de cocaína disminuiría acentuando la intervención policial, sin embargo, Kosko aclara que las pruebas de los MCB respaldan las afirmaciones pero no pueden demostrarlas. En otras palabras, señalan una posible relación causal pero no demuestran que sea la única, ni que quedé probada su veracidad.

Confesamos nuestra ignorancia ante las complejas formulaciones matemáticas de la lógica borrosa, como por ejemplo la de la siguiente teoría axiomática de la probabilidad de Ferrán (10):

“Definimos los espacios de probabilidad por tres factores: Conjunto no vacío de los resultados (Ω), conjunto de sucesos o eventos como parte de Ω (a) y una función (p) en el intervalo [0,1] que verifica”:

- a) $0 \leq p(A) \leq 1$ para todo $A \in a$
- b) $p(\Omega) = 1$ y $p(\Phi) = 0$
- c) $p(A) \leq p(B)$ si $A \subset B$
- d) $p(A \cup B) = p(A) + p(B)$ si $A \cap B = \Phi$

Pero esa misma ignorancia, asombro y admiración ante la complejidad de las matemáticas, puede



resultar en una idealización como la que ejerce cualquier fenómeno complejo sobre el lego, el ignorante, el niño o el “primitivo”. Ello se presta a que suceda lo que dice Kosko en el citado libro: *“Cuanto más matemáticas meta un autor en un problema, menos lo entenderá su auditorio y más lo respetará”*.

Siendo la lógica borrosa parte del cuerpo de conocimientos de las matemáticas, aunque se asemeje más a la realidad difusa de los fenómenos mentales, sigue siendo cierto que la mayoría de lo que compone la intersubjetividad terapéutica es intransferible a categorías cuantificables, y es por ello que hemos señalado que: *“El peligro de la borrosidad sería olvidar su significado y tratar de usarla como excusa para esa tan ansiada búsqueda de la verdad última”* (2).

Efectivamente, para utilizar las matemáticas de la lógica borrosa no se puede evitar el tener que manejar variables aisladas que puedan ser objetivables y manipulables, desvirtuando en buena medida la complejidad psíquica, lo cual podría constituir lo que se denomina una “falacia de reificación”, es decir, la tendencia a convertir entidades abstractas de difícil cuantificación y con cualidades lógicas de difícil determinación, en entidades lógicas ajustadas a un determinado esquema conceptual.

Como señalan Trillas y sus colaboradores (7), la lógica borrosa pueda ser muy útil para que los expertos en computación realicen, cada vez con más frecuencia, experimentos con textos sobre el significado de frases condicionales (del tipo “si X, entonces Y”), analizando su consistencia contextual y haciendo interpretaciones a las que puede aplicarse la lógica borrosa. Sin embargo, la mayor parte del discurso humano no consiste en frases condicionales de éste tipo. Además, en ejemplos como el del restaurante o el de la escala de Likert, aunque la lógica borrosa hace más justicia al lenguaje “difuso” que habitualmente usamos los humanos y que no suele ser binario ni del tipo todo o nada, aun así continúa viéndose obligada a encasillar en conjuntos (por más borrosos que estos sean) y, lo que es peor, a simplificar mucho las opciones, empobreciendo el diálogo, con su mezcla de verbal y no verbal, de simbolismos, de interacciones entre significativa y significado, de sentidos metafóricos,

metonímicos y gestuales difícilmente reducibles a rangos de una escala. O sea, excluyendo toda comunicación no verbal y gran parte de la verbal.

Como ejemplo de ciencia sensata que reconoce lo subjetivo, Zimmerman y col. (11) publicaron en 2012 en el Journal of Clinical Psychiatry, un estudio en el que aproximadamente la mitad (77 de 140) de los pacientes diagnosticados de Depresión Mayor, que tenían puntuaciones por debajo de 7 en la escala de Hamilton para depresión (HDRS), no se percibían a sí mismos en remisión, a pesar de ser éste el nivel por debajo del cual se suele considerar que la depresión está en remisión. Señalan algo obvio que suele olvidarse: *“El cuidado basado en mediciones puede guiar la atención clínica pero no es un sustituto del sentido común”*. Éste estudio ilustra varios problemas: la subjetividad con que se delimitan los conjuntos para un estudio (incluso en lógica borrosa, como antes vimos); la disparidad entre los criterios subjetivos de valoración entre sujetos, y entre estos y el investigador; así como la disparidad entre la “objetividad” de lo medido por una escala y la subjetividad de la experiencia de los sujetos a los que le fue aplicada.

Algo parecido es a lo que se refirió el recientemente fallecido psicoanalista francés, André Green (12) cuando duda de que la realidad psíquica pueda ser conocida por medio del estudio de funciones aisladas, como es el procedimiento habitual de la ciencia. Green opina que, *“intentando apegarse a cierto tipo de metodología considerada auténticamente científica, lo primero que hacen los investigadores es reducir los síntomas a categorías que se puedan registrar y hacerlas conceptualmente manipulables”*, pero con lo cual proporcionan una imagen caricaturescamente simplificada de la realidad mental.

Coincidimos con Green y otros pensadores en que los estudios longitudinales prospectivos con control experimental pueden estar forzando variables medibles que desvirtúan la complejidad psíquica y para ejemplificarlo nos remitiremos a unos trabajos publicados en 2011 en Biological Psychiatry sobre el valor predictivo de la dilatación pupilar a la respuesta al tratamiento con Terapia Cognitiva (TC) (13) y (14) (aclarando que la intención, más que cuestionar el artículo en sí, es utilizarlo de manera genérica para exponer la crítica a éste modo de ver la ciencia).

Pues bien, el Dr. Siegle (profesor de psiquiatría de Universidad de Pittsburg) y colaboradores, en un trabajo previo habían realizado Resonancias Magnéticas Funcionales que mostraron que los pacientes depresivos tienen mayor dilatación pupilar cuando son confrontados con tópicos emocionales, y en el presente estudio, “demostraron” que aquellos pacientes que respondieron a la TC tuvieron menores respuestas pupilares que los que no respondieron. Concluyen que medir la dilatación pupilar cuando se nombran palabras con connotación emocional, como “muerte y culpa”, es una buena forma de determinar aquellos pacientes que pueden responder a la TC y añaden algo que, siendo parcialmente cierto, es alarmante. Citamos: “*Los tratamientos más efectivos para la depresión, incluyendo la TC, sólo funcionan en la mitad de los pacientes. Siendo capaces de predecir aquellos individuos que puedan beneficiarse más probablemente de dichos tratamientos, ahorraremos tiempo y dinero, y eliminaremos el uso de tratamientos inefectivos*” (14).

Esta <eliminación> de pacientes costosos al sistema tiene bases científicas y éticas bastante cuestionables, aunque no podemos negar el hecho de que la sobrecarga de la salud pública, además de la proliferación de diagnósticos y la psiquiatrización de los problemas de la vida, conduce a que muchas veces descartemos pacientes para psicoterapia con razones discutibles y muchas veces personales, pero al menos asumiendo la responsabilidad de dicha decisión. Aunque este es un tema que excede el propósito de este trabajo, la solución no pasa por dejar que decida la máquina y “eliminar” a ojo de buen cubero (nunca mejor dicho) a todo aquel que no se le dilate la pupila lo suficiente cuando oiga las palabras muerte y culpa.

De hecho, los autores plantean una solución práctica y barata. Dicen: “*Queremos hacer que esta tecnología sea asequible a cada clínico. En vez de tener un pupilómetro de investigación, con un software muy caro, estamos en proceso de hacerlo funcionar con el tipo de hardware y software que todo psiquiatra puede tener en su oficina. Hacia ello estamos trabajando*” (14).

No en balde Ricoeur (15) advertía del peligro de lo que llamó el “sueño tecnológico”, o sea, que

la fe científico-técnica pudiera llegar a una concepción de la realidad humana manipulable, que promoviera un tratamiento impersonal y cosificador de la identidad. Es a este futuro, por el que Siegle y colaboradores “están trabajando”, al que se anticiparon novelistas como Orwell con su “Gran Hermano”, o Harry Harrison con su novela “¡Hagan sitio!, ¡hagan sitio!” (llevada al cine con el título “Soylent Green” y traducida como “Cuando el destino nos alcance”) que muestra un futuro en el que para “hacer sitio”, los seres humanos son “eliminados” para fabricar con sus cadáveres el Soylent Green con el cual alimentar a los (aun) no eliminables.

¿Se han detenido los autores a pensar lo que pueden significar palabras como muerte y culpa en distintas culturas, personas, en distintos momentos de su vida y dependiendo de sus experiencias previas al respecto? Pero aún más, ¿es que se ha considerado el contexto en el que son dichas y frente a un aparato y un proceso selectivo? O sobre ¿cómo podrían ser interpretadas por cada oyente, dependiendo de quién y cómo le sean dichas, y de lo que les evoquen en ese momento “dentro” de una mente que no puede ser vista a través de la pupila ni por Resonancias Magnéticas?

Cientificismo como éste (que no es lo mismo que ciencia) pretende que ser objetivo es prescindir de la “mirada” subjetiva, del “ojo clínico” del terapeuta, mientras paradójicamente fija su atención reduccionista en la pupila del paciente. Quedando su pretensión de veracidad fijada a la superficie literal del ojo, al creer que la persona y su experiencia mental puede ser “leída” en la fisiología colinérgica de su pupila.

En un artículo muy interesante Federico Menéndez (16) (cuyo título incluye la sugerente frase: “De la escucha y mirada clínica a la escucha y mirada por los aparatos”) pasa revista a la diferencia entre ciencia y cientificismo, citando a varios neurocientíficos actuales cuya visión es muy distinta y obviamente menos reduccionista, ya que hoy en día se considera que el sistema nervioso es plástico y cambia de forma dinámica, de modo que los actos que lleva a cabo el cerebro modifican al cerebro mismo. Por ejemplo, Menéndez aporta una cita contundente de A. Damasio, que ilustra cómo ve la neurociencia no reduccionista

al ámbito de lo psíquico: *“reducir la depresión a una afirmación sobre la disponibilidad de serotonina o norepinefrina, en general, es inaceptablemente tosco. Se establece una relación entre las sustancias, los circuitos, los receptores, las neuronas y el sentimiento, pero no nos dice nada de cómo se pasa de unos a otros. Comprender la neurobiología de los sentimientos requiere comprender estos últimos...”*. Con similar tenor, refiriéndose a la forma no reduccionista de ver al cerebro, Menéndez cita a S. Rose (biólogo molecular; neurocientífico; director del grupo de investigación del cerebro y la conducta de la Open University de Londres) quien señala: *“el que se haya descubierto el modo de actuación y eficacia del alguno de los fármacos antidepresivos o ansiolíticos, que actúan a nivel de los neurotransmisores con los que interactúan, y deducir de ahí, que sean los déficits de los sistemas neurotransmisores las causas de los trastornos psiquiátricos por los que se recetan, es un paso pequeño y aparentemente lógico, pero no exacto (exjuvantibus). Es como si alguien tiene dolor de muelas y toma aspirina que le alivia el dolor, no debería llegar precipitadamente a la conclusión de que la causa del dolor sea que tiene poco acetilsalicílico en el cerebro... La aspirina puede bloquear la sensación del dolor y la clorpromazina o las benzodiazepinas pueden mitigar la ansiedad, sin revelar nada sobre el agente causal... una correlación no es una causa...”*.

Como ha señalado Rorty (5), cada vez más filósofos analíticos se han mostrado de acuerdo con Hilary Putnam: *“Putnam nos apremia a que renunciemos a la idea de que las ciencias naturales tienen un <<método>> distintivo, un método que convierte a la física en un mejor paradigma de la racionalidad que, por ejemplo, la historiografía o la jurisprudencia. En este llamamiento lo acompañan filósofos de la física como Arthur Fine... Tanto Fine como Putnam ridiculizan la idea de que el discurso de la física está de algún modo más cerca de la realidad que ningún otro ámbito de la cultura”*.

Para una ciencia entendida como lo hacen estudios como el de Siegle y col. son prescindibles tanto el mirar subjetivo del terapeuta como el insight (visión interior o introspección), ya que no son cuantificables ni verificables. Por otra parte, la citada imitación por ordenador de razonamien-

tos y toma de decisiones, ¿nos permite imaginar a un Terminator con auténticos pensamientos, sentimientos y creatividad?

No deberíamos cerrarnos a posibilidades informáticas futuras, como les sucedió a los que creyeron que los libros de Julio Verne eran sólo ciencia ficción. Sin embargo, a pesar de lo fascinante que resultan estos desarrollos y de que ya hay ordenadores que pueden interpretar partituras y “copiar” el estilo de un músico, es difícil pensar que creen verdaderas obras de arte que requieren una creatividad que va más allá de hardware y software. Al preguntarle a Rorty por la biología de la evolución y la sociobiología, respondió (17): *“La biología nos dice algo sobre el hardware, pero no sobre el software. Sobre la base de un mismo hardware puede funcionar una infinita multiplicidad de programas, y un mismo organismo puede quedar marcado por una diversidad infinita de culturas”*. Lo antes dicho no significa que no sean útiles los aportes de aquellos que consideran que el estudio de la relación entre hardware y software puede arrojar luz sobre la relación entre mente y cuerpo, pues la verdadera ciencia actual (no el cientificismo) acepta la relatividad de sus hallazgos y que estos son sólo aproximaciones parciales, no definitivas, al conocimiento, y acepta las aproximaciones desde otros vértices.

Por otro lado, hay considerar si todo avance científico es un progreso realmente y cuál es su costo ético, que es precisamente lo que cuestiona el posmodernismo. De modo que por fascinante que sea la aplicación de la lógica borrosa en la informática y en la robótica, no hay que olvidar el conflicto ético que la ciencia conlleva. Sería bueno recordar que la etimología de la palabra robot se vincula al uso que le dio el dramaturgo checo Karel Čapek a la palabra checa *robota*, que significa servidumbre o trabajo forzado (18). De modo que el riesgo es que pasemos nosotros a ser los siervos del robot y de quienes los controlan.

No planteamos que carezcan de interés y utilidad estos hallazgos (como cualquier avance científico) y, de hecho, podrían servirse del uso de la lógica borrosa. Lo que cuestionamos son sus conclusiones y la aplicación que se les pretende dar, así como la insistencia en la búsqueda del sustrato neurofisiológico último. Pues pareciera

que pasar del estudio del neurotransmisor, al del receptor y de allí al segundo y tercer mensajeros intraneuronales hasta llegar a los genes, nos llevará a la auténtica verdad. Esto equivale a la búsqueda de la “cosa en sí”, ampliamente cuestionada por Kant y por el mismo Popper.

En no pocos casos, el uso de tecnología sofisticada esconde la frustración y la impotencia de no poder comprender al paciente o no saber cómo ayudarlo. De modo que un test, un estudio de neuroimagen, una estadística o un ordenador, pueden servir para esconderse impersonalmente detrás de una fachada pseudocientífica ante la demanda abrumadora.

Es por razones como estas que creemos que aunque para algunos estudios podría resultar de utilidad la lógica borrosa (como forma de aproximación a la objetivación de la subjetividad), nos inclinamos a dudar de su aplicabilidad a la mayoría de los ámbitos del psiquismo, la comprensión del humano y sus relaciones intersubjetivas. Pensar que la lógica borrosa es “la solución” para lograr la objetivación científica de lo mental es cometer de nuevo el viejo error de subestimar lo subjetivo y, más aun, no entender que el ser humano va más allá de lo objetivable. Es desconocer en el humano los ámbitos de lo ético, lo espiritual y religioso, de lo simbólico, lo artístico, lo relacional, del odio y el amor, de la envidia, de lo poético, del drama y la comedia. Es olvidar lo que han dicho pensadores como Edmund Husserl, el fenomenólogo que ponía en duda que el mundo descrito por las ciencias fuese la auténtica realidad. En sus palabras: *“Meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos [...] En la miseria de nuestra vida - se oye decir - esa ciencia no tiene nada que decimos. Elude por principio aquellos problemas que son precisamente los más candentes para el hombre, el cual, en nuestros tiempos tormentosos, se encuentra a merced del destino: los problemas del sentido y del sinsentido de la existencia humana en general [...] La verdad científica, objetiva, es exclusivamente una constatación de lo que el mundo, tanto el físico como el espiritual, de hecho es. Pero, en realidad, ¿pueden el mundo y la existencia humana tener sentido alguno si las ciencias sólo admiten como verdadero lo que es objetivamente constatable?”* (19). O como dijo Wittgenstein, quien, a diferencia de los neopositivistas, le interesaba

lo que la ciencia no puede decir: *“Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales aun no se han rozado en lo más mínimo. La ciencia calla sobre lo que nos es más importante: la ética y la religión”* (20). Pese que su maestro, Bertrand Russell, dijo del segundo Wittgenstein que parecía haberse cansado de pensar seriamente, un pragmatista como Rorty piensa que justamente el segundo Wittgenstein se superó a sí mismo (17).

Con esto hemos llegado a otro propósito de éste artículo: el abordaje del posmodernismo y la hermenéutica (entendiendo hermenéutica, de manera general, como la interpretación de textos, tanto escritos como verbales), pues precisamente los posmodernos hacen patentes los límites de las ciencias modernas en cuanto a la generación de conocimiento verdadero, acumulativo y de validez universal. Ellos se dedican a todo aquello que no es cuantificable, no porque crean que no hay un ámbito de lo cuantificable, sino porque piensan que corresponde a las ciencias naturales, más que a las sociales, humanas o culturales.

Concepto de Postmodernidad

La modernidad dio paso a la ciencia de Galileo y Newton, que creía posible la certeza inductiva y la verdad empírica única, con lo cual se hizo fuerte el positivismo. Pero entre el siglo XIX y el XX, fueron duramente cuestionados muchos ideales y, tanto Nietzsche como el psicoanálisis y los movimientos heterogéneos de los estructuralistas y los posmodernos, cuestionaron la existencia de un sujeto dado de una vez y definitivamente y, en cambio, consideraron que éste y el conocimiento están en continuo cambio por la historia, las instituciones y las luchas de poder, como habían propuesto Nietzsche y Foucault.

Foucault (21), fue uno de los que más insistió en que el conocimiento se caracteriza por relaciones de dominación y de poder, cosa que también han apuntado Bart Kosko desde el ámbito de la lógica borrosa y Thomas Kuhn desde el de la epistemología. Kuhn ha señalado que pocas veces los científicos actúan en base al criterio de falsacionismo de Popper y según él, la ciencia avanza a través de los “paradigmas” que son teorías

científicas universalmente aceptadas (e incluso paradigmas metafísicos) que durante un tiempo determinado brindan un modelo de problemas y soluciones. Para Kuhn son múltiples las razones que producen el cambio de paradigma y no siempre racionales ni científicas, por ejemplo, pueden depender de idiosincrasias autobiográficas y personales, de la nacionalidad o la reputación previa del innovador y de sus maestros, pero en todo caso la decisión de abrazar un nuevo paradigma, dice Kuhn, sólo puede tomarse con base en la fe (22). Otros epistemólogos como John Watkins y Lakatos no están de acuerdo con la noción de paradigmas de Kuhn, y para Lakatos la ciencia es una competencia entre programas rivales de investigación, pero no podemos extenderlos en estos aspectos.

Siguiendo el curso cronológico de la historia, puede parecer obvio que la posmodernidad es la corriente que sigue a la modernidad. Sin embargo, ésta ubicación histórica entra en conflicto con lo que proponen los filósofos posmodernos, quienes rechazan la idea de que exista un curso del pensamiento y una historia que sean progresivos y que vayan superando etapas anteriores, como aun supone la filosofía moderna, para la cual -como dice Vattimo (23)- se considera que lo valioso es sólo lo nuevo, la técnica y la información.

El psicoanálisis, los estructuralistas, los posmodernos y los hermeneutas han aportado ideas fundamentales para entender la mente del ser humano, entre otras: que el discurso de la persona no es comprensible como algo literal y único, sino que el lenguaje crea literalmente la verdad; que no hay una verdad absoluta sino plural, y sólo una aproximación que depende de quien la observa, según su época, su sociedad, sus ideales y sus ineludibles marcos de referencia. Al respecto, en el prefacio del libro “De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento”, del etnólogo y psicoanalista, George Devereux, dice sobre él La Barre (24): “*Devereux, un personaje claramente detestable, ha planteado la alarmante posibilidad de que la etnografía de campo (y con ella toda ciencia social), tal y como se practica en la actualidad, pudiera ser una especie de autobiografía. Allí donde el antropólogo de pelo en pecho pudiera suponer que penetra en el campo cabalmente exento de ideas, motivaciones, teorías o cultura aperceptiva propias,*

nos vemos ahora invitados a discernir el antropólogo al mismo tiempo sapiens y portador de cultura y persona, así como la posibilidad de que su simple “ciencia”, si no está disciplinada por la conciencia de la contratransferencia, sea una rama regalona de poesía lírica que nos cuenta en qué forma proyectiva siente él lo desconocido”. Al igual que sucede con el antropólogo, el acento que se ponga a lo proveniente del paciente o del analista dependerá de las teorías que el analista suscriba y estas a su vez de su modo de interpretar el Mundo y, por tanto de su propia mundo interno y sus disposiciones transferenciales.

El movimiento posmodernista, como ya señalamos, es heterogéneo. Pero si bien es tuerca una ciencia que excluya lo subjetivo, también lo son las posturas subjetivistas posmodernas extremas, como el deconstructivismo francés de Jacques Derrida, quien negaba la posibilidad de alcanzar alguna verdad objetiva, con lo que renunció a cualquier búsqueda de una lectura más “verdadera”, si se nos permite la expresión. En este sentido, Mario Vargas Llosa en su excelente libro “La civilización del espectáculo” (25) ha descrito ampliamente el daño que puede hacer un subjetivismo extremo a la cultura, la moral, la educación y la política.

Por otra parte, al relativismo exagerado de algunos franceses se opusieron filósofos alemanes, como Heidegger, Gadamer y Habermas, que no estaban de acuerdo en que cualquier interpretación o cualquier narrativa tuviesen igual valor e insistieron en que el método consiste en reconocer los propios prejuicios y la propia subjetividad; la propia ubicación hermenéutica del intérprete, para poder contrastarla con el otro (que en nuestro caso es el paciente).

Habermas (quien durante un buen trecho de su carrera pretendió apoyar su visión sociológica en el psicoanálisis) consideraba que Nietzsche y sus sucesores estaban más interesados en la autonomía personal que en la utilidad social y por eso quiso sustituir esta tradición por una reflexión que ofrezca un mayor provecho social: la denomina una “filosofía de la intersubjetividad” y consideró que lo decisivo de dicha filosofía es una práctica característica de las sociedades liberales: tener por verdadero únicamente aquello que es susceptible de consenso en la libre discu-

sión. Para Rorty (26) *“en esta filosofía se politiza la teoría del conocimiento: en la búsqueda de la verdad se trata de encontrar lo determinante más bien en las condiciones sociales -y particularmente en las políticas- en las que tiene lugar esta búsqueda, y no en la naturaleza interior y más profunda de los sujetos que la emprenden”*. Aunque Habermas considera que Heidegger y Derrida exploran las profundidades de la privacidad del sujeto en lugar de abrirse a lo público, Rorty no concuerda en éstos lo vieran así.

En resumen, todos estos pensadores lo que han ido señalando no es que no existan verdades anteriores o independientes al ser humano, como serían los continentes o los dinosaurios, sino que sólo podemos aproximarnos a ellas con nuestro pensamiento, con sus leyes lingüísticas y con nuestra insuperable subjetividad situacional. Y son estas ideas las que han ido influyendo también en las psicoterapias narrativas, cognitivas, fenomenológicas y psicoanalíticas, como veremos a continuación.

Psicoanálisis: Entre la subjetividad y la objetividad; entre Ciencia y hermenéutica

Freud diferenció al psicoanálisis de otras terapias diciendo que el primero actuaba “per vía di levare”, o sea destapando o desenterrando como lo hace el antropólogo. Este concepto parece presuponer un inconsciente hasta cierto punto inmutable que podría ser desenterrado como quien desentierra una vasija o un fósil. Sin embargo, una serie de autores - entre los que nos contamos - discrepamos de esta forma de ver el inconsciente al que, por demás, Freud consideraba dinámico. De modo que si el inconsciente se modifica y es dinámico, igualmente lo debe ser una de sus manifestaciones como es la transferencia.

Hay que tener en cuenta que la teorización freudiana sobre la transferencia (cuya interpretación es una de las principales diferencias técnicas con respecto a otras terapias) es inseparable de su teoría del desarrollo, ya que para él la relación de objeto completa se produce como expresión del complejo de Edipo, así que la transferencia sólo podía expresar deseos y fantasías edípicas, aunque con frecuencia a través de versiones regresivas alteradas. Pero, además, para Freud, y

aun para muchos psicoanalistas, la transferencia es un fenómeno universal no producido por el análisis y esencialmente intrapsíquico. En otras palabras, la transferencia se produciría “dentro” de la mente del paciente por efecto exclusivo de sus patrones infantiles, de modo que el analista sería un observador no participante en la producción del fenómeno que solamente lo interpreta, ya que si participa en su génesis es porque es producto de su contratransferencia, lo cual evidenciaría que su propio análisis era insuficiente.

Los alemanes Thomä & Kächele (27) explican que la insistencia de Freud en la espontaneidad de la transferencia se debió a la necesidad de enfrentar la objeción de que era creada por el análisis para subrayar que era un fenómeno natural y poder darle al psicoanálisis unos fundamentos científicos, descartando que fuera un producto artificial creado por el mismo. Dicho en otras palabras, para Freud la transferencia está en la mente del paciente y pre-existe a su relación con el analista, así que el proceso psicoanalítico sólo la pone de manifiesto. Freud desarrolló progresivamente este concepto enfatizando siempre en el aspecto intrapsíquico y repetitivo de la misma, ya sea al servicio del Principio de Placer (en su comprensión inicial), como al servicio de la pulsión de muerte (en su conceptualización de 1920). Sin embargo, no hizo una revisión de la teoría de la transferencia ni de la contratransferencia a la luz de los conceptos de la pulsión de muerte, ni de la segunda tópica, ni de la segunda teoría de la angustia, por lo tanto prevaleció el concepto topográfico de inconsciente de la primera tópica, que considera a este como una serie de procesos y fenómenos que están allí en la mente del analizado, con características de atemporalidad y al que el analista se acerca para descubrirlo.

Pero hacia finales de los años 20 y principios de los 30, se produjeron una serie de aportes teóricos y técnicos que ampliaron el conocimiento de la influencia de los mecanismos de introyección, proyección e identificación proyectiva sobre la transferencia. A partir de éstos aportes, hacia finales de los años cuarenta, Racker y Heimann, de manera casi simultánea e independiente, desenterraron el concepto de contratransferencia, que hasta ese momento era vista casi como un pecado, rescatándola como instrumento complementario



que permitía entender la transferencia a través de los propios sentimientos y ocurrencias contra-transferenciales del analista.

Consideramos que muchas de las divergencias en el psicoanálisis actual se basan en la disputa entre los que consideran que existe una realidad intrapsíquica en la mente del paciente suficientemente objetivable e independiente de la relación analítica; y los que se adscriben al relativismo postmodernista de una realidad intersubjetiva y creada por la relación, pasando por los que tenemos posiciones intermedias. Así, apoyados en las conceptualizaciones de varios analistas, en un trabajo anterior (1) planteamos la siguiente definición de transferencia: *“La transferencia no sólo es repetición de patrones o modelos, sino una actividad organizativa, una función yóica estructural y una forma de crear sentido. Es un mecanismo mental esencial y necesario que contiene elementos inconscientes repetitivos de la historia personal, pero que también adquiere elementos del contexto interpersonal y relacional actual, de manera que estos dos grupos de elementos se retroalimentan e interactúan y, por tanto, confluyen mundo externo e interno. Podría decirse que confluyen lo intrapsíquico y lo extrapsíquico, sin embargo, aunque el polo repetitivo de la historia personal podría considerarse más intrapsíquico, hay que tener en cuenta que su formación se produjo (y se produce) en la interacción con los objetos y el mundo externo. Así mismo, aunque el polo interpersonal y relacional podría considerarse extrapsíquico, hay que tener en cuenta que las relaciones actuales son subjetivamente interpretadas y su sentido creado en función de la matriz intrapsíquica repetitiva e inconsciente, almacenada a través de la historia del individuo, en especial de los primeros años. Por tanto, hablar de intrapsíquico y extrapsíquico o interpersonal e intersubjetivo puede resultar engañoso”*.

Es interesante notar cómo influyen en el desarrollo de la ciencia factores geopolíticos, sociales y migratorios como los producidos por la Guerra Mundial o la muerte de un líder como Freud y los subsecuentes conflictos entre sus discípulos. En tal sentido, una de las influencias sobre el pensamiento psicoanalítico provino del estudio de la historia que previamente era considerada como un relato de hechos que se suponían recorda-

dos objetivamente, pero que fue superada por el giro historicista que consideró que los hechos eran contruidos. Este cambio influyó también en algunos psicoanalistas, en particular de Norte América, como Spence, Schafer o Videman, que influidos por el postmodernismo, primero, y después por los nuevos descubrimientos sobre el funcionamiento de la memoria, han restado importancia al reencuentro de una “verdad histórica”, que permanecía en el inconsciente como el hecho imborrable de la vasija enterrada, y, por tanto, han enfatizado menos en la reconstrucción, destacando más bien la construcción de una “verdad narrativa”. Sin embargo, si bien Freud y los psicoanalistas que le sucedieron, cónsonos con su contexto histórico y científico, dieron relevancia a la recuperación y reconstrucción de la verdad histórica del pasado infantil, no es menos cierto que considerar tanto más importante la verdad de la fantasía inconsciente y su influencia en la interpretación tanto del pasado como del presente, como aun se sigue considerando.

Los diversos factores antes mencionados condujeron a que en el psicoanálisis -como en el resto de la ciencia- a partir de los años setenta a ochenta se fuese perdiendo la confianza en la verdad positivista y se produjera lo que Stephen Mitchell -padre del psicoanálisis relacional- ha llamado “crisis de la metateoría”, lo que ha llevado a vincularlo a la fenomenología, la hermenéutica, el constructivismo -como lo señala en su excelente libro Coderch (28). Así como también con estudios empíricos con muestras de pacientes y con estudios observacionales, como los del apego y la relación madres-infante.

Además, todas estas aproximaciones a la filosofía, al psicoanálisis y a la concepción de ciencia actual, han conducido a que haya discrepancias sobre la naturaleza científica y/o hermenéutica del psicoanálisis. Por ejemplo, André Green y Jorge Ahumada no tienen duda de su carácter científico. Tampoco la tiene el psicoanalista norteamericano Owen Renik (29), quien se declara seguidor de la filosofía pragmática de Rorty y considera que el psicoanálisis es una ciencia y no una disciplina hermenéutica, porque, aunque de modo imperfecto, podemos evaluar los significados que construimos por medio de su capacidad predictiva. Aunque Owen cree que

el trabajo analítico consiste en construir nuevos significados en vez de revelar los antiguos reprimidos, no lo considera una disciplina hermenéutica. Siguiendo el criterio pragmático, señala que evaluamos la validez de nuestro entendimiento sobre la base del consenso con el paciente y de la eficacia terapéutica pues, como en el resto de la ciencia, lo que es verdad es aquello que funciona. Owen no ve una contradicción entre la irreductible subjetividad psicoanalítica y su objetividad pragmática, pues dice que cuando el analista toma en consideración el hecho de que su subjetividad es una condición absoluta, en vez de pretender que la subjetividad puede ser minimizada, es cuando verdaderamente es objetivo. Cuando reconoce que en el análisis, como en todo, las observaciones de la realidad son constructos, formados en relación a intereses específicos subjetivos.

En el otro polo, otros psicoanalistas, como Roy Schafer, lo ven como una ciencia hermenéutica. Mientras otros coincidimos con Habermas y Ricoeur, como lo ha destacado Phillips (30), en considerarlo una disciplina mixta y complementaria entre la hermenéutica y las ciencias naturales, en la que la interpretación puede corresponder tanto a la búsqueda de causas múltiples y la movilización de nuevos mecanismos de defensa (y en esto parecerse más a la metodología de las ciencias naturales) como a desentrañar una compleja red de significados verbales, no verbales y afectivos (en lo que se asemejaría más a una hermenéutica). Por ejemplo, Ricoeur, en su intento de desarrollar una hermenéutica que evitara el relativismo, destacó que el psicoanálisis, al coordinar la interpretación y el manejo de las resistencias, requiere una teoría en la que la psique sea representada tanto como un texto a ser interpretado, como un sistema de fuerzas a ser manipuladas (31).

Pese a las diferencias entre escuelas, en las últimas décadas se observa, como señala Otto Kernberg (32) un cierto acercamiento en aspectos como serían, entre otros, los siguientes: interpretación temprana de la transferencia y mayor atención en la contribución del analista en la misma; menos énfasis en interpretación de sueños y recuperación de recuerdos; una tendencia incrementada a centrarse en significados inconscientes del aquí-y-ahora y tardía de reconstruc-

ciones del pasado, junto a un cierto acuerdo con lo que Sandler, diferenció entre un “inconsciente presente” versus un “inconsciente pasado”; mayor atención hacia la exploración de la respuesta afectiva del analista y de su contratransferencia (utilizando los conceptos de Racker de “identificaciones concordantes y complementarias”); así como la consideración del predominio de la investidura afectiva como punto más apropiado para la intervención (con menor énfasis en aspectos pulsionales en algunas de las escuelas, pero no todas).

Volviendo al psicoanálisis relacional, como ya señalamos, un grupo heterogéneo de analistas norteamericanos que utilizaban conceptos provenientes de la psicología de yo y de las relaciones objetales, e influidos por estos desarrollos filosóficos posmodernistas, desarrollaron varias escuelas cuyas diferencias no siempre están del todo delimitadas (como la constructivista, la relacionista y la intersubjetivista). Sin embargo, para aquellos que piensen que el relacionismo es una cosa nueva, debemos recordar que estas corrientes se apoyan en los desarrollos de esas primeras tres o cuatro décadas del siglo XX. Fundamentalmente en las teorías de Sullivan, Balint, Winnicott, Kohut y tiene antecedentes en los escritos de Heimann, Bion, Rosenfeld y otros de la escuela de las relaciones objetales.

El filósofo hermeneuta, Hans-George Gadamer, no dedicó mucha atención al psicoanálisis pero habló de la “fusión de horizontes”, según la cual lo fundamental es el diálogo, no como imposición, aunque sí como defensa y apuesta por la opinión propia, pero permitiendo una dialéctica en que los asuntos de ambos interlocutores se conviertan en uno común (5). Es por ello que sus ideas son en muchos casos usadas por los teóricos vinculados al psicoanálisis relacional o la “two-person-psychology” que como Gadamer, cuestionan lo que llaman la “one-person-psychology” y privilegian el diálogo consensuado. Entre estos está Stolorow (33), quien en un libro recientemente publicado y apoyándose en la filosofía existencial de Heidegger, dice que su enfoque los ha llevado desde lo intrapsíquico a lo intersubjetivo. Stolorow (34) señala que el primer uso explícito de la palabra “intersubjetividad” “*apareció en un artículo (Stolorow, Atwood & Ross, 1978), el cual Lewis Aron (1996) acreditó*



como el que introdujo el concepto de intersubjetividad en el psicoanálisis norteamericano". Artículo en el cual conceptualizaron el interjuego entre transferencia y contratransferencia en el psicoanálisis como un proceso intersubjetivo que refleja la mutua interacción entre los diferentes mundos organizados subjetivamente del paciente y el analista.

En dicho libro, Stolorow (34) considera que su teoría abarca a la epistemología perspectivista; dice: *"insistimos en que el entendimiento analítico es siempre desde una perspectiva formada por los principios organizadores del interrogador. Por tanto, no hay análisis neutral u objetivo ni percepciones inmaculadas (Nietzsche, 1892), ni la vista del ojo de Dios (Putnam, 1990) de nada ni de nadie"*. Así mismo considera que son las relaciones y los afectos (más que las pulsiones) los que evolutivamente dan lugar a principios ("patrones temáticos", "estructuras de significado") que inconscientemente organizan las experiencias emocionales y relacionales. Dichos principios organizativos son inconscientes, no en el sentido de ser reprimidos, sino en ser prereflexivos, y ordinariamente no entran en el dominio de la concientización reflexiva de sí mismo.

Las ideas de Stolorow y otros intersubjetivistas están bastante relacionadas con las de otros autores, pese a que Stolorow (34) diga que *"Nuestro uso del término intersubjetivo nunca ha presupuesto la consecución del pensamiento simbólico, ni del concepto de uno mismo como sujeto, ni de la relación intersubjetiva en el sentido de Stern (1985), ni del de reconocimiento mutuo como lo describe Benjamin (1995). Tampoco hemos confinado nuestro uso al reino de la comunicación afectiva no verbal inconsciente, como Ogden (1994) parece haber hecho"*. Sus teorizaciones no nos parecen muy distintas, por ejemplo, a las de Ogden (35), quien ha acuñado el concepto de "tercero analítico" (relacionado con el de "objeto analítico" de André Green) para referirse a la realidad intersubjetiva creada por la interacción de las realidades subjetivas de analista y paciente.

Otto Kernberg (36), en la conferencia del 22 de Octubre de 2010 en la Sociedad Española de Psicoanálisis, destacó las siguientes características técnicas comunes a las diversas orientaciones

del psicoanálisis relacional: *"una perspectiva constructivista que considera que la verdad es co-creada intersubjetivamente por el paciente y el analista; una actitud del analista de empatía, autenticidad, igualdad y reciprocidad en la comunicación, que permite al analista ser espontáneo en su interacción con el paciente y revelar su contratransferencia (Renik); el foco de atención del analista se centra en la relación entre paciente y analista (psicología de dos personas) y, especialmente, en las rupturas de la comunicación intersubjetiva entre ambos, en los fallos empáticos del analista (incluido el reconocimiento mutuo de esas rupturas y fallos) y en la actualización en la transferencia de las experiencias traumáticas del pasado del paciente"*. Características similares son la que señala Glen Gabbard (37) y (38) para estas corrientes, sin embargo, en su opinión, la cual compartimos parcialmente, los constructivistas han puesto un énfasis exagerado en la situación actual entre paciente y analista, mientras han subestimado el impacto acumulativo de una vida con determinado tipo de interacciones con objetos, así como las fantasías intrapsíquicas relacionadas con dichas interacciones. Estas experiencias y los significados de sus relaciones ya están en el paciente antes de ir al analista, de modo que los significados intrapsíquicos son alterados hasta cierto punto, pero no radicalmente reescritos de nuevo a causa de la subjetividad del analista.

Desde la filosofía, Rorty (26) coincide con algunas ideas de los intersubjetivistas, rechaza la idea de que las personas poseen un núcleo central -interior- que se resiste al condicionamiento externo y dice: *"habría que distinguir entre la afirmación de que el inconsciente del individuo es un <<mundo privado y único que choca con el mundo socialmente instituido>> -que en cada uno de nosotros hay un <<sello oculto>> que no tiene nada que ver en particular con <<procesos de aprendizaje>> socializadores- y la afirmación de que <<psique y sociedad están entre sí en una especie de oposición metafísica>>. No hay razón para suponer que tengamos que elegir entre Dewey y Derrida, es decir entre la resolución de problemas públicos y la lucha por la autonomía privada"*.

Las ideas posmodernistas, así como la lingüística, la hermenéutica y el estructuralismo, tam-

bién influyeron en la historia del psicoanálisis francés, vinculada con Lacan desde los años sesenta, tal como lo muestra Roudinesco (39) en su amplia revisión histórica. Pero, tal como hizo notar Foucault, en la historia del conocimiento influyen notablemente las circunstancias, el prestigio del autor, sus simpatías o antipatías y las luchas de poder. Y esto no sólo se da entre filósofos o psicoanalistas, sino que puede observarse en distintos campos de la ciencia y, sin ir más lejos, entre quienes han participado en las redacciones de las distintas clasificaciones psiquiátricas. Así que, al igual que Freud tuvo enfrentamientos con sus disidentes, Lacan no sólo rompió con la Asociación Internacional de Psicoanálisis, sino con los filósofos a quienes por turno aproximó sus ideas. Primero se sintió descontento con las posiciones de Merleau-Ponty respecto a su relevo estructuralista, entonces buscó otro apoyo filosófico en Paul Ricoeur, a quien invitó a su seminario. Ricoeur, que estaba preparando su libro sobre Freud, acudió a los seminarios de Lacan y a los del otro bando, Lebovici y Diatkine, para que le explicaran la técnica psicoanalítica, pero no entendía a Lacan. Después de un seminario, Lacan le preguntó qué le había parecido y Ricoeur respondió: “justamente estaba pensando que encuentro impenetrable lo que dice”. A la ruptura de Lacan con Ricoeur siguió la de Derrida en el congreso estructuralista de Baltimore, cuando Lacan narró como propia una anécdota de éste.

Un aspecto negativo frecuente en muchos de los pensadores de esa época, sobre todo franceses, es que idealizaron el lenguaje hasta el punto de considerar que nada existía fuera de éste, y utilizaban un discurso tan rebuscado, que Foucault lo llegó a llamar “oscurantismo terrorista”. Discurso también criticado por Jean-François Revel, así como por dos científicos (Alan Sokal y Jean Bricmont) que denunciaron el uso de conceptos científicos inexactos y hasta fraudulentos por parte, entre otros, de Lacan, Kristeva, Baudrillard, Deleuze y Guattari (25). Así, si Ricoeur encontró incomprensible a Lacan, Grünbaum acusó a Ricoeur de usar un discurso enrevesado y “palabras de comadreja” (40). Y uno de los más cuestionados ha sido Derrida, del que Vargas Llosa ha dicho que su prosa oscura y asfixiante le ha hecho sentir que pierde el tiempo leyéndola (25).

Ahora bien, para la teoría y técnica psicoterapéutica es relevante determinar si sólo debe considerarse como psíquico al lenguaje, como lo sostienen algunos. Pero si lo psíquico y lo hermenéutico se reduce a la consciencia y al lenguaje se pierden los aportes, no sólo del psicoanálisis, sino de la reciente investigación neurocientífica, de la teoría del apego y del desarrollo del recién nacido (41) y (42), las cuales apunta hacia que los patrones interactivos entre los infantes y sus cuidadores, crean cambios duraderos en las redes cerebrales y conducen a estilos de apego y patrones afectivos, que se forman antes del desarrollo de la memoria explícita (o sea, de forma implícita y presimbólica) y tienden a permanecer durante la vida. Como ya dijimos que, desde la óptica del psicoanálisis intersubjetivo, también señalaba Stolorow (34).

En tal sentido, el común denominador de los más importantes investigadores de la temprana infancia, como Meltzoff, Trevarthen, y Stern, es señalar que las formas simbólicas de comunicación están construidas sobre formas presimbólicas que se inician desde el nacimiento y tienden a ser implícitas. Formas de comunicación en parte innatas y en parte adquiridas, y basadas en parte en las “neuronas espejo” (43).

Por tanto, para los psicoanalistas el lenguaje es parte de lo psíquico pero no lo único que lo es. Por ejemplo, el psicoanalista e investigador, Daniel Stern (44) ha llamado “sintonía afectiva” a un emparejamiento de sentimientos, tanto antes como después de la adquisición del lenguaje, que es básica en su teoría de la comunicación entre infante y madre, como también lo será después entre adultos. Este modo de comunicación también se ha estudiado en perros, delfines y primates.

Son modos de comunicación muy relacionados son los llamados “enactments” (que puede ser traducido como “puesta en acto” o “en escena”) que son patrones relacionales y emocionales codificados neurológicamente de modo implícito en las relaciones tempranas y que después se activan automática e inconscientemente en las relaciones durante la vida (41). Modos de comunicación que en la psicoterapia producen cambios que no son debidos sólo a las palabras, sino a los intercambios intersubjetivos



que Stern y sus colaboradores en Boston, han llamado “momentos de encuentro” en los que el encuentro produce sucesos mutativos; un “algo más” que no se registra simbólicamente y que por tanto son de difícil traducción en términos hermenéuticos (44). Idea bastante similar a la de Stolorow (34), que como ya vimos, trata de diferenciarse de Stern.

Como puede apreciarse, todas estas conceptualizaciones reúnen y hacen compatibles teorías anteriores, al mostrar como el individuo, desde antes de acceder al lenguaje, va construyendo unos patrones afectivos, cognitivos y relacionales con los que interpreta el mundo y que luego constituyen sus transferencias automáticas. Así, la interacción con distintas personas puede reactivar estos “patrones temáticos” o “estructuras de significado” (como las llamó Stolorow), así como activar ciertas transferencias -y no otras- que caracterizan el mundo intrapsíquico de cada persona. Con esto queremos decir que aunque, debido a la compulsión de repetición, existe una tendencia a repetir patrones y transferencias, independientemente de lo que haga la otra persona en la interacción (sobre todo en pacientes más graves), también puede observarse que dependiendo de lo que al analista haga o no haga, el paciente activará en mayor o menor grado ciertas transferencias (lo cual no quiere decir que estas dependerán del analista que le toque en suerte -o al menos no del todo- sino que predominarán en ciertos momentos de su análisis). Además, esto permite que, desde el punto de vista terapéutico, el reconocimiento de estos patrones y transferencias, como su manejo técnico (tanto interpretativo como interaccional) pueda,

hasta cierto punto, ofrecer nuevas experiencias relacionales, nuevas narrativas y nuevos modos de codificar de forma distinta lo vivido.

Conclusiones

Consideramos que el concepto que hemos tomado de Green de alcanzar un “saber objetivo sobre la subjetividad” debe ser entendido, no como un intento de doblegar a la subjetividad para hacerla pasar por el aro de la objetividad (sobre todo para aquellos que anacrónicamente creen que sólo las ciencias naturales y, en especial las matemáticas, son objetivas y científicas), sino como la aceptación de que hay distintas formas de acceder a un conocimiento y no todas son compatibles.

Para cierta parte de la comprensión del psiquismo pueden utilizarse herramientas de las ciencias naturales, como los estudios experimentales, en los que la lógica borrosa puede aportar formas de investigación más acordes con su complejidad y polivalencia. Pero debemos aceptar que hay aspectos en que las ciencias naturales pueden incluso desvirtuar lo observado, por lo que se requieren de las aproximaciones de las ciencias del espíritu o sociales, con las cuales se puede alcanzar una objetivación diferente. Es decir, no creemos en un relativismo absoluto, que en el fondo es una cómoda renuncia a buscar lo mismo que buscan las ciencias naturales, esto es, un conocimiento parcial, relativo y sólo temporal. Por ello creemos en la ineludible multivalencia y subjetividad que también caracteriza a la lógica borrosa.

Contacto

Héctor Hueso Holgado • hhuesoh@hotmail.com

Unidad de Salud Mental de la Vera-Icod

Hospital Universitario Ntra. Sra. de la Candelaria de Tenerife • 38001 Santa Cruz de Tenerife

Fanny Cuervo Díaz • facudy@hotmail.com

Servicio Urgencias Pediátricas • Dr. Jaime Cháves Hernández • 38001 Santa Cruz de Tenerife

Bibliografía

1. Hueso, H. Transferencia. La dialéctica de lo intrapsíquico versus lo intersubjetivo. Referencia: <http://caibco.ucv.ve> VITAE Academia Biomédica Digital. Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. N° 38 Abril-Junio 2009 <http://vitae.ucv.ve/?module=articulo&rv=71&n=3950>
2. Hueso, H. Lógica borrosa y epistemología psiquiátrica. A propósito de la transexualidad. Revista electrónica VITAE. Facultad de Medicina. Universidad Central de Venezuela. Enero-Marzo, 2011 N° 45. Disponible en: http://vitae.ucv.ve/index_pdf.php?module=articulo_pdf&n=4303&rv=98
3. Hueso, H. y Cuervo, F. Saber objetivo sobre la subjetividad en psiquiatría, desde la filosofía y el psicoanálisis. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.*, 2013, 273-287. Doi: 10.4321/S0211-57352013000200004.
4. Green, A. Desconocimiento del inconsciente (Ciencia y psicoanálisis). En: Dorey, R., Castoriadis, C., Enriquez, E., Thom, R., Ménéchal, J., Fridman, W., Berquez, G. y Green, A. *El inconsciente y la ciencia*. Amorrortu Editores. 1991, 167-257.
5. Rorty, R. <El ser al que puede entenderse es lenguaje>. En: *Filosofía y futuro*. Editorial Gedisa, 2008, 121-134.
6. Kosko, B. Matices de gris. En: *Pensamiento borroso. La nueva ciencia de la lógica borrosa*. Edit. Crítica (Grijalbo Mondadori S.A.) 1995, p. 17-30.
7. Trillas, E., Renedo, E. y Guadarrama, S. La conjetura como arte. La inteligencia artificial se adentra en las capacidades humanas. *Periódico El Mundo, El Cultural*, 12/05/2005 p. 63-64.
8. Moreno, A. Teoría del caos social. Capítulo 3: La lógica borrosa/ISBN 9789801241312 Posteadó: 30/08/2010. [consultado 19-07-2012] Disponible en: <http://www.articuloz.com/monografias-articulos/la-logica-borrosa-3161929.html>
9. Kosko, B. Sistemas borrosos adaptativos. En: *Pensamiento borroso. La nueva ciencia de la lógica borrosa*. Edit. Crítica (Grijalbo Mondadori S.A.) 1995, p. 193-224.
10. Ferrán, M. Lógica difusa. ¿Una concepción infinitesimal de la verdad? Mayo 2000 [consultado 11-06-2012] Disponible en: <http://personal.telefonica.terra.es/web/mir/ferran/kosko.htm>
11. Zimmerman M; Martinez JA; Attiullah N; Friedman M; Toba C; Boerescu DA; Rahgeb M. Why do some depressed outpatients who are in remission according to the Hamilton Depression Rating Scale not consider themselves to be in remission? *J Clin Psychiatry*. 2012; 73(6):790-5.
12. Green, A. Desconocimiento del inconsciente (Ciencia y psicoanálisis). En: *El inconsciente y la ciencia*. Amorrortu Editores. 1991, 167-257.
13. Lowry, F. Predicting Response to Cognitive Therapy: Eyes May Have It. *Medical News Psychiatry*. Revista electrónica. 21 abril, 2011. [Consultado 19-07-2012] Disponible en: <http://www.medscape.com/viewarticle/741294?src=mpnews&spon=12>
14. Siegle, G., Steinhauer, S., Friedman, E., Thompson, W. & Thase, M. Remission prognosis for cognitive therapy for recurrent depression using the pupil: Utility and neural correlates. *Biol Psychiatry*. 2011; 69: 726-733.
15. Nájera, E. La hermenéutica del Sí de Paul Ricoeur. *Entre Descartes y Nietzsche. Quaderns de filosofia i ciència*, 36: 73-83, 2006. www.uv.es/sfpv/quadern_textos/v36p73-83.pdf
16. Menéndez, F. La historia clínica y la anamnesis en la psicopatología actual. De la biografía a la biología. De la escucha y mirada clínica a la escucha y mirada por los aparatos. ¿Qué es la evidencia en salud mental? *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* vol.32, no.115, Madrid, jul-set. 2012. <http://dx.doi.org/10.4321/S0211-57352012000300007>
17. Rorty, R. Persuadir es bueno. En: *Filosofía y futuro*. Editorial Gedisa, 2008, 157-183.
18. Robot. En: <http://es.wikipedia.org/wiki/Robot>
19. Reale, G. y Antiseri, D. Capítulo XXVIII. Edmund Husserl y el movimiento fenomenológico. En: *Historia de la filosofía. III. Del romanticismo a nuestros días*. Giovanni Reale y David Antiseri. Herder Editorial. 2010, 177-186.
20. Reale, G. y Antiseri, D. Capítulo XXXIV. Ludwig Wittgenstein: del *Tractatus lógico-philosophicus* a las investigaciones filosóficas. En: *Historia*



- de la filosofía. III. Del romanticismo a nuestros días. Herder Editorial. 2010, 309-321).
21. Foucault, M. Nietzsche y su crítica del conocimiento. En: La verdad y las formas jurídicas. Editorial Gedisa 1978, 11-33.
 22. Reale, G. y Antiseri, D. La epistemología postpopperiana. En: Historia del pensamiento filosófico y científico III Del romanticismo hasta hoy. Editorial Herder 1988, 908-934.
 23. Vattimo, G. Introducción. En: El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna. Ed. Gedisa. 2007, 9-20.
 24. La Barre, W. Prefacio. En: Devereux, G. (1967) De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. Siglo Veintiuno Editores 1987, 11-14.
 25. Vargas Llosa, M. Prohibido prohibir. En: La civilización del espectáculo. Editorial Alfaguara. Abril 2012, 81-96.
 26. Rorty, R. Habermas, Derrida y las funciones de la filosofía. En: Filosofía y futuro. Editorial Gedisa, 2008, 27-54.
 27. Thomä, H.Y & Kächele, H. Transference and Relationship (Cap 2) En: Psychoanalytic Practice. I Principes. Springer Verlag. 1985.
 28. Coderch, J. El espacio terapéutico y la autoridad del psicoanalista. En: La práctica de la psicoterapia psicoanalítica. El modelo interactivo en el campo del psicoanálisis. Editorial Ágora Relacional. 2010, 141-158.
 29. Renik, O. The Analyst's Subjectivity and the Analyst's Objectivity. Int. J. Psycho-Anal. 1998, 79:487-497.
 30. Phillips, J. (1987). Grünbaum on Hermeneutics. Psychoanalysis and Contemporary Thought 10: 585-626.
 31. Clarke, B. H. Hermeneutics and the "Relational" Turn: Schafer, Ricoeur, Gadamer, and the Nature of Psychoanalytic Subjectivity. Psychoanalysis and Contemporary Thought. 1997, 20: 3-68.
 32. Kernberg, O. Convergencias y divergencias en la técnica psicoanalítica. Libro anual de psicoanálisis IX. IPA - Ed. Escuta LTDA. 1993, 129-143.
 33. Stolorow, R. Introduction. En: World, affectivity, trauma. Heidegger and post-cartesian psychoanalysis. Routledge. 2011, 1-4.
 34. Stolorow, R. Post - Cartesian psychoanalysis as phenomenological contextualism. En; World, affectivity, trauma. Heidegger and post-cartesian psychoanalysis. Routledge. 2011, 19-33.
 35. Ogden, T. The analytic third: working with intersubjective Facuss. Int. J. Psychoanal. 1994, 75: 3-19.
 36. Nos, J. Entrevista a Otto Kernberg. Temas de Psicoanálisis. Revista de la Sociedad Española de Psicoanálisis. <http://www.temasdepsicoanalisis.org/entrevista-con-el-dr-otto-kernberg-2/>
 37. Gabbard, G. The Analyst's Contribution To The Erotic Transference. Contemp. Psychoanal. (CPS). 1996, 32:249.
 38. Gabbard, G. A Neurobiologically Informed Perspective on Psychotherapy. British Journal of Psychiatry. 2000, 177:117-122.
 39. Roudinesco, E. La escuela freudiana de París: la reconquista. En: La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia (Tercera parte. Capítulo I). Editorial Fundamentos. 1993, 7-99.
 40. O'Neil, J. A. Popper, Grünbaum, and Induction. Canadian Journal of Psychoanalysis. 1993; 1: 105-130.
 41. Ginot, E. Intersubjectivity and Neuroscience: Understanding Enactments and Their Therapeutic Significance Within Emerging Paradigms. Psychoanal. Psychol. 2007, 24:317-332.
 42. Lyons-Ruth, K. (2003). Dissociation and the parent-infant dialogue: A longitudinal perspective from attachment research. J. Amer. Psychoanal. Assn., 51, 883-911.
 43. Beebe, B., Rustin, J., Sorter, D. and Knoblauch, S. (2003). An Expanded View of Intersubjectivity in Infancy and its Application to Psychoanalysis. Psychoanalytic Dialogues 13: 805-841.
 44. Stern, D.N., Sander, L.W., Nahum, J.P., Harrison, A.M., Lyons-Ruth, K., Morgan, A.C., Bruschweilerstern, N., Tronick, E.Z. Non-Interpretive Mechanisms in Psychoanalytic Therapy: The 'Something More' Than Interpretation. Int. J. Psycho-Anal., 1998, 79:903-921.